



EL PUDOR DE SER ACTOR

GABRIEL PRIETO

Actor y profesor Escuela de Teatro U. C.

Cuando yo era chico...y cuando ya no era tan chico y también cuando más grande, una de las pesadillas que solía desvelarme y angustiarme era la de verme caminando por la calle completamente desnudo, sin la menor posibilidad de ocultarme, y siendo pasto de las risas y burlas de los transeúntes.



Pero ninguna de mis pesadillas ni ninguno de mis sueños me hicieron presagiar que algunos años más tarde yo estaría *desnudándome* psicológicamente cuatro veces a la semana por mi propia voluntad ante 280 personas cada vez. Si alguien me hubiera dicho que algún día yo haría esto, creo que hoy estaría trabajando en la municipalidad de enfrente, en el banco de al lado, en el café Dante o en la confitería de la esquina... en cualquier parte menos en el teatro.

Y todo este strip-tease emocional lo he hecho para encontrar estos zapatos negros perdidos o escondidos, quién sabe en qué closet o cajonera de mi historia... He tenido que ir dando en prenda una a una las piezas de mi ropa intelectual.

Ha sido una experiencia única y creo irreplicable, la búsqueda de estos pares de zapatos (los de charol con trabitas de la Magdalena, los mocasines de la Nena, los zapatones con cordones y los hércules de Rodrigo, Alvaro y míos). Ha sido, repito, una experiencia única porque por primera vez todos los que

conformamos este grupo hemos tenido que construir un personaje que se llama como nosotros y que tiene las trancas y los deseos de cada uno de nosotros, porque en definitiva ese personaje es cada uno de nosotros. Esta construcción se ha hecho en base a retazos de nuestras vidas, en base a una pegatina de imágenes,

emociones, miedos, alegrías, mitos y frustraciones que los personajes tuvieron a bien cederles a los actores, no sin antes exigirles el mínimo de discreción.

Creo que para cualquier actor del mundo, el mayor desafío que puede enfrentar en su vida profesional es el de ser capaz de proyectar verdad teatral y a la vez distanciarse de sí mismo para poner en escena sus propias vivencias, sin convertir esa experiencia en una pedante autocatarsis que deje frío al espectador. Para ser muy honesto, debo confesar que siempre tuve miedo de que a nadie más que a nosotros cinco nos fuera a interesar las vivencias de nosotros cinco... Cinco treintones que habían decidido hacer una revisión de sus experiencias de vida al terminar de vivir su tercera década y comenzar a vivir la cuarta. A Dios gracias, el público que ha visto la obra no sólo nos ha entendido y le ha importado nuestra experiencia, sino que también ha sido capaz de verse reflejado en experiencias ajenas e integrarse como uno más a la búsqueda de sus propios zapatos.



Rodrigo Bastidas, Gabriel Prieto, Elena Muñoz, Magdalena Max-Neef y Alvaro Pacull. Foto: Bernardo Mendoza.

Yo creo que esto se ha producido porque en general el público se ha dado cuenta que nuestra obra tiene un grado de *pudor* muy grande, ese pudor que se siente cuando una cosquillita o un dolorcito en la guata se hace presente al decir, por ejemplo, acúsome de parecer inocente y de ser culpable, o de ser inseguro y demócrata cristiano (un verdadero pecado siendo actor), o de no poder hablar de uno mismo, o de desear que nuestros papás nunca se hubieran muerto, o de mandar con viento fresco a la monja que nos hacía la vida imposible en el colegio... o que todo el mundo sepa que a uno le decían "el feo".

Y también creo que otro elemento importante ha sido la nostalgia que la obra encierra. Siempre he creído que este sentimiento llamado nostalgia es definitivamente un regalo de Dios que nos permite vivir en base a cosas que ya no están presentes, pero que sin embargo nos energizan para emprender cosas nuevas. La nostalgia es un sentimiento que hace del dolor algo bello, que en

cierto modo nos hace sentir el placer del dolor. Ese placer se transmite hacia la platea que comienza riendo y termina silenciosa, pensándose, pero finalmente alentada y satisfecha de haberse encontrado consigo misma: cuando chico, cuando adolescente, cuando universitario... y sobre todo de haberse reído y llorado de sí mismo.

La experiencia de actuar en estos **zapatos negros** ha sido algo así como el viaje que emprendieron Tilttil y Mitil, los niños protagonistas del **Pájaro azul** de Maeterlink. Ellos viajan a su pasado, se reúnen con sus abuelos muertos, como nosotros lo hacemos con nuestros pa-

dres y hermanos, viajan al día y a la noche, a la luz y a las tinieblas. Nosotros cinco también nos enfrentamos con nuestros días y noches, con nuestras luces y sombras, pasados y posibles futuros.

Lo bueno es que todo está en veremos, no se ha dicho la última palabra porque desde el día mismo del estreno nos han pasado cosas y nos seguirán pasando muchas más, como para hacer una secuela que podría llamarse: **Quién me escondió los zapatos negros II** o **El regreso de los zapatos negros** o **Los zapatos negros atacan de nuevo** o **Zapato fobia**, etc., etc.

Y digo que todo está en veremos, porque si bien al final de la obra tenemos nuestros zapatos, éstos son zapatos de niños que ya no caben en nuestros pies: sólo caben en la palma de nuestras manos, como pequeños seres que necesitan ser protegidos y comprendidos para que los adultos que los encontraron podamos llegar a ser mejores adultos y mejores seres humanos. •